

# LA FIESTA

## EN CÍRCULOS BLANCOS Y CONCÉNTRICOS

Al principio todo parecía un juego. La gente reía, bromeaba y aplaudía. Incluso, había música, muy alegre y de ritmo vivo. Era una fiesta indudablemente y todo mundo parecía haberse dado cita en aquel lugar para divertirse.

Entré con paso firme y decidido, tal como me ha gustado caminar siempre: con orgullo, con apostura, con virilidad, seguro de mí mismo en todo momento. El clamor de los asistentes se atenuó un poco cuando me vieron, e impresionados por mi figura comenzaron a hacer comentarios entre sí.

Luego, apareció el otro.

Se reanudó la gritería y el entusiasmo se hizo mayor cuando lo vieron, pero él se limitó a sonreír y levantó las manos para saludar a todos. El corazón de muchas mujeres palpitó más aprisa y el entrecejo de muchos hombres se arrugó de envidia.

### *Te hartas con el seno de mi madre*

Yo mismo no pude dejar de admirarlo. Se veía muy apuesto dentro de aquel traje ajustado a su talle esbelto y gallardo. Sus movimientos, pausados y elegantes, conferían realmente una singular belleza a su figura.

Me miró con un aire desafiante que yo no había visto hasta entonces en su rostro, sembrando la inquietud dentro de mí. Había algo en aquella mirada que no se ajustaba al ambiente de la fiesta. Me sentí desconcertado, sin saber qué hacer.

## EN CÍRCULOS BLANCOS Y CONCÉNTRICOS, COMO EL ALETEO DE FALSAS PALOMAS DE PAZ

De pronto, como luminosa llamarada, algo brotó de sus manos y empezó a oscilar, flotando en el aire de un lado a otro. Un impulso irresistible de ver eso hizo que me acercara para contemplarlo mejor.

Aquel objeto voluptuoso, de color encendido y brillante, ejerció sobre mí una fascinación avasalladora y quise arrebatárselo con violencia, pero él esquivó ágilmente mi ataque y estuve a punto de caer al suelo.

Me volví de nuevo hacia él y lo vi sonreír, mirándome con tal altanería que me hizo odiarlo súbitamente. Tuve ganas de

Guillermo Claudio Durand Dávalos / Escuela Nacional de Música

destrozarlo, pero de nuevo surgió el brillo hipnotizador a su lado y toda mi atención se desvió hacia ahí otra vez.

Parecía que una voz maligna me llamaba desde el centro de aquella llama ondulante, invitándome a hundir mi cabeza en su turbulencia, y sin pensarlo me arrojé brutalmente sobre aquel objeto, pero ahora mi impulso fue demasiado fuerte y caí pesadamente a los pies de aquel que se había convertido ya en mi enemigo.

Me levanté aturdido y furioso, con la intención de arrancar de sus manos la centella malévola, por tercera vez, mas él supo engañarme con habilidad demoniaca y fui a dar al suelo con violencia, sintiendo que crujían todos mis huesos.

Mis intentos para alcanzar aquello se multiplicaron, pero entre más me esforzaba para lograrlo, más rápidamente se apartaba de mi lado. El cansancio empezó a invadirme y poco a poco desistí de mis intenciones.

EN CÍRCULOS BLANCOS Y CONCÉNTRICOS,  
COMO EL ALETEO DE FALSAS PALOMAS DE PAZ,  
MILES DE ALBOS PAÑUELOS

Con el calor de aquella lucha había olvidado a la gente que había alrededor. Seguían gritando y riendo, como si no se dieran cuenta de mi inquietud.

Un sonido metálico muy estridente opacó momentáneamente las voces.

Momentos después apareció frente a mí otro hombre agitando las manos, como si me llamara. Corrí hacia él, y no bien había llegado a su lado, cuando sentí un dolor agudísimo atrás de los hombros que hizo estremecer mi cuerpo entero. A partir de entonces la furia obnubiló por completo mi cerebro, y todo lo que ocurrió después sucedió como una pesadilla atroz. Recuerdo que alguien se acercó a mí, una o dos veces más, y siempre que pasaba a mi lado, volvía yo a sentir el mismo dolor sobre los hombros cada vez más agudo.

*Extirpas mi sexo para que yo haga tu trabajo*

Lo que sucedió a continuación fue espantoso. La tortura que sentía entre los hombros se acentuaba con cada movimiento, pero eso no me impedía correr como loco de un lado a otro,

presa de un pánico indescriptible, como si pudiera con ello alejar de mí aquel dolor encarnizado.

En una de aquellas carreras vertiginosas fui a estrellarme contra una especie de muro acolchado. Recuerdo que el impacto no fue duro, y algo repuesto del aturdimiento de mi choque, hallé cierto consuelo al apoyarme sobre aquella supuesta pared, pero ésta empezó a moverse y a tambalearse, como si mi peso, recargado sobre ella, fuera a derribarla. En aquel instante, por encima de la pared oscilante surgió algo que vino a apoyarse sobre mi espalda, un poco más abajo de donde sentía los dolores anteriores. Al principio sólo sentí una ligera presión, pero de pronto me pareció que aquello cobraba vida y mordía ferozmente mi espalda, triturándome las vértebras dorsales.

El sufrimiento fue indescriptible. Aquel dolor punzante aumentaba como si no fuera a acabar nunca. La sangre manó a borbotones de aquella herida cruel y escurrió por mi pecho hasta gotear en el suelo.

Loco de dolor quise alejarme de aquella pared engañosa, de aquel instrumento de tortura infame. Logré desprender de mi espalda al monstruo que destrozaba mi carne, pero con una saña increíble volvió a apoderarse de mí y hundió su colmillo acerado sobre la misma herida, haciéndola más extensa y sangrándola una vez más, ocasionándome un martirio indecible.

La voz metálica sonó de nuevo.

El suplicio se suspendió y el móvil muro acolchonado, junto con su garra criminal, se alejó trotando hasta desaparecer, dejándome malherido y vencido por el dolor.

La pérdida de sangre me había debilitado ya considerablemente, pero todavía podía caminar e intenté alejarme de ahí, para lo cual di algunos pasos hacia la puerta por donde había entrado, y al verla me arrepentí de haber traspuesto su umbral. Anhelé salir del infierno en que me había metido. Me reproché el haber tenido la candidez de sentirme atraído por las exclamaciones festivas de la gente.

*No nacidos aún, matas a mis hijos para lujo de tus mujeres*

Estaba a punto de llegar a la puerta cuando, como una maldición, apareció de nuevo ante mis ojos la flameante luz que había iniciado mi martirio. Ahí estaba de nuevo aquel objeto engañoso, interponiéndose en mi camino hacia la libertad. Me paré en seco y quedé contemplándola fijamente. Advertí que junto a su flamígera presencia se hallaba de nuevo aquel a quien una vez consideré mi amigo, mirándome desdeñosamente.

La llama de color resplandeciente empezó a moverse de nuevo, hechizándome con su influjo maligno, atrayéndome hacia ella como el vértigo arrastra hacia los abismos. Mi temperamento fogoso y bravío logró vencer al cansancio y a la debilidad que sentía, y volví a la carga para arrancarle a aquel hombre la centella de color escarlata.

*De mis huesos haces botones y con mi piel te rodeas la cintura*

Esta vez mi ataque fue feroz, tremendo, alimentado por el rencor del suplicio padecido, y tuve éxito. No sólo pude quitarle la llama a mi enemigo, sino que logré derribarlo al suelo, donde permaneció inmóvil y temeroso, cubriéndose la cabeza con las



manos. No obstante, apenas había logrado yo mi triunfo, aparecieron a mi alrededor varias llamas más, sostenidas por los hombres que acudían a auxiliar al que yo había derribado.

Me arrojé sobre ellos y corrieron de un lado a otro hasta esconderse de mi vista. Perseguí al último hasta que se ocultó, y con este esfuerzo sentí que el corazón me estallaba dentro del pecho. Me detuve a descansar.

La voz metálica sonó otra vez, con acento dramático.

En esta ocasión había en el tono de aquel sonido algo que trajo a mi espíritu un presentimiento de liberación, de próximo descanso, y en medio del dolor que me ocasionaban las heridas, sentí un consuelo ante aquel presagio. Volví la cabeza y vi a mi rival. Ya no traía consigo la flama traidora, pero en su lugar empuñaba un rayo blanco y acerado, apuntándolo fijamente hacia mí.

*Convierto la hierba en carne para delicia de tu estómago  
insaciable*

No resistí la ironía con que me miraba. No soporté un instante más la traición de aquel hombre que una vez había sido mi hermano. No toleré ya la infame crueldad de aquella criatura que bebió la misma leche con la cual me alimentó mi madre cuando yo era pequeño.

Me arrojé sobre el ingrato con el ánimo de destruirlo, pero su inteligencia, muy superior a la mía, triunfó sobre mí, derrotándome.

Más de un metro de hierro se hundió en mi cuello, por atrás de mi cabeza, penetrando en mi pecho, desgarrando mis pulmones. Ya no pude más y caí pesadamente en tierra, vomitando la sangre de mis entrañas hechas pedazos. Sin embargo, pude mantener mi cabeza todavía en alto.

*No contento con esto, tú, que dices tener alma, te complaces  
con mi dolor*

—Aquí está su cambio, jefe.

—Oye, esta coca sabe a purga, está tibia.

—Estuvo padre, ¿a poco no?

—Ya vámonos, se me revuelve el estómago.

—No le saques. Apenas fue el primero.

—Prefiero el cine.

EN CÍRCULOS BLANCOS Y CONCÉNTRICOS,  
COMO EL ALETEO DE FALSAS PALOMAS DE LA PAZ,  
MILES DE ALBOS PAÑUELOS CELEBRAN EL TRIUNFO DE MI VERDUGO.

Ahora todo ha pasado... Su fiesta terminó... Mi suplicio toca  
a su fin...

He arrastrado por el suelo mi cuerpo malherido en un supremo esfuerzo por levantarme, pero ya es inútil. Las fuerzas me abandonan rápidamente y sé que el final ya está cercano. La arena, candente por el sol, se ha incrustado en mi cuerpo revolcado y el polvo que levantan mis últimos espasmos nubla mi vista y atormenta mi garganta reseca.

n o e s h e l a d o d e f r e s a

Sufro mucho más de lo que se imaginan. No piensen que mi robustez me hace insensible al dolor. Sufro en la misma forma que ustedes podrían sufrir.

es crema color de rosa

Veo al cielo por última vez, pero mis ojos ya no lo ven azul, porque una cortina roja empieza ya a ocluir mis pupilas.

cuando mi sangre añades

¡Por Dios! ... Si sólo esas trompetas callaran su estruendo, yo me sentiría un poco mejor ... Pero no creo que a nadie le importe mi agonía ... Al contrario, creo que se regocijan con mi martirio ...

a la leche que te tomas

El hombre se acerca a mí con una daga en la mano, y aunque sabe que estoy paralizado y agonizante, todavía mira con temor las astas imponentes que coronan mi cabeza ... Ahí viene el hombre, con la muerte en la mano ... Y alarga su brazo cruel sobre mi nuca indefensa ... sobre mi nuca.

